

El fantasma de John Jago

Editorial Belvedere

WILKIE COLLINS

El fantasma de John Jago

Traducción de Miguel Ángel Herranz



**Editorial
Belvedere**

Título original: *John Jago's Ghost*.

Primera edición: mayo de 2025

© de la traducción: Miguel Ángel Herranz

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 59

28770 Tres Cantos

Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-6-7

Depósito Legal: M-24376-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*

EL FANTASMA DE JOHN JAGO

Editorial Belvedere

Índice

Nota del autor	11
Capítulo 1	13
Capítulo 2	19
Capítulo 3	27
Capítulo 4	37
Capítulo 5	45
Capítulo 6	53
Capítulo 7	61
Capítulo 8	71
Capítulo 9	79
Capítulo 10	85
Capítulo 11	93
Capítulo 12	101

NOTA DEL AUTOR

La idea inicial de esta breve historia le vino dada al autor gracias a la historia escrita de un juicio que tuvo lugar a principios del presente siglo en los Estados Unidos. La narración del suceso, recientemente publicada, se titula: «El juicio, confesiones y condena de Jesse y Stephen Boorn por el asesinato de Russell Colvin, y el regreso del hombre supuestamente asesinado. Por el Hble. Leonard Sergeant, ex teniente gobernador de Vermont. (Manchester, Vermont, *Journal Book and Job Office*, 1873)». No estaría de más añadir, en beneficio de los lectores escépticos, que todos los «improbables sucesos» de la historia son hechos reales, extraídos del relato impreso. Todo lo que parece verdad es, en nueve de cada diez casos, invención del autor.

W. C.

CAPÍTULO 1

—El corazón está bien —dijo el doctor—. Los pulmones también. No tiene ninguna enfermedad orgánica que yo pueda apreciar. No se alarme, Philip Lefrank. Aún no se va a morir. Lo que tiene usted es... sobrecarga de trabajo. El remedio en su caso es descansar.

Así habló el doctor en mi despacho de Temple, Londres, a quien habían mandado llamar media hora después de que yo hubiera alarmado a mi ayudante tras desmayarme sobre mi escritorio. No tengo ningún deseo de entrometerme innecesariamente en la atención del lector, pero sería deseable añadir, a modo de explicación, que soy un abogado «primerizo», adquiriendo experiencia. Soy de Jersey, la isla del Canal. La grafía francesa de mi nombre (Lefranc) se anglicanizó hace años, cuando la letra «k» todavía se empleaba en Inglaterra al final de las palabras que ahora terminan en «c». Sin embargo, vamos con la frente bien alta como familia de Jersey. Hasta el día de hoy, mi padre tiene que hacer un esfuerzo al oír decir que su hijo es miembro del colegio inglés de abogados.

—¡Descansar! —repetí cuando mi asesor médico había terminado—. Mi buen amigo, ¿se da cuenta de que estamos en período de sesiones? Los tribunales están celebrando audiencias. ¡Mire los informes que me esperan en la mesa! En mi caso, descansar significa la perdición.

—Y trabajar —añadió el doctor tranquilamente—, la muerte.

Me sobresalté. No intentaba asustarme: simplemente hablaba en serio.

—Solo es cuestión de tiempo —continuó diciendo—. Tiene una espléndida constitución; es usted joven, pero no puede sobrecargar premeditadamente su cerebro y trastornar el sistema nervioso mucho más tiempo. No espere más y váyase de vacaciones. Si le gusta el mar, haga una travesía. El aire del mar es el mejor de todos para coger fuerzas. No, no quiero recetarle nada. Me niego a tratarle médicamente. No tengo nada más que decir.

Con estas palabras mi amigo y médico abandonó la habitación. Pero yo era testarudo; ese mismo día fui al tribunal.

El abogado principal del caso en el que yo estaba ocupado me solicitó cierta información que era mi deber darle. Para mi horror y sorpresa, era completamente incapaz de ordenar mis ideas: en mi mente se entremezclaban confusamente hechos y fechas. Me sacaron del tribunal completamente aterrorizado. Al día siguiente, mis informes se devolvieron a los fiscales. Seguí el consejo de mi médico y compré un billete para ir a América en el primer vapor que partía hacia Nueva York.

Había escogido el viaje a América en lugar de cualquier otro viaje por mar con un objetivo en mente. Un pariente de mi madre había emigrado a los Estados Unidos muchos

años atrás y allí había prosperado como granjero. Me había invitado a que le visitara si alguna vez cruzaba el Atlántico. El largo período de inactividad, bajo el nombre de *descanso*, a la que la decisión del doctor me había condenado, difícilmente podría estar más placenteramente ocupado, como pensaba, que haciendo una visita a mi pariente y, de ese modo, visitar lo que pudiese de América. Tras una breve estancia en Nueva York, salí en tren hacia la casa de mi anfitrión, el señor Isaac Meadowcroft, de Morwick Farm.

En América están algunos de los más grandes paisajes sobre la faz de la tierra. También, en ciertos estados de la Unión, hay, a modo de sano contraste, paisajes tan llanos como monótonos, y tan faltos de interés para el viajero como cualquier otro que se pueda ver en la tierra. La parte del país en la que estaba situada la granja del señor Meadowcroft pertenecía a esta última categoría. Cuando bajé del tren, miré alrededor del andén de la estación de Morwick, y me dije: «Si curarse significa, en mi caso, aburrirse, he elegido con tino el lugar exacto para tal propósito».

Vuelvo la vista atrás a la luz de los últimos acontecimientos, y las pronuncio, como pronto las diréis vosotros, como las palabras de una persona básicamente temeraria cuyo juicio apresurado nunca se detuvo a considerar lo que el tiempo y el azar unidos podían depararle.

Ambrose, el hijo mayor del señor Meadowcroft, me estaba esperando en la estación para llevarme a la granja.

No había ningún indicio en el aspecto de Ambrose Meadowcroft de los extraños y terribles sucesos que iban a tener lugar tras mi llegada a Morwick. El chico joven vigoroso y apuesto, uno de tantos miles de jóvenes vigorosos y apuestos, dijo:

—¿Cómo está usted, señor Lefrank? Me alegro de verle, señor. Suba de un salto a la calesa: el criado se ocupará de su baúl.

Respondí con la misma clásica cortesía:

—Gracias. ¿Cómo están todos en casa?

Así empezamos el camino a la granja.

En el trayecto nuestra conversación comenzó con temas de agricultura y cría de ganado. Exhibí mi completa ignorancia acerca de cultivos y ganado bovino antes de haber recorrido diez metros en nuestro viaje. Ambrose Meadowcroft buscó otro tema, pero no pudo encontrarlo. Así que busqué otro por mi parte y pregunté, al azar, si había escogido un mal momento para mi visita. El rostro impasible y moreno del joven granjero se iluminó de inmediato. Estaba claro que, casualmente, había dado en el clavo con un tema interesante.

—No podía haberlo escogido mejor —dijo—. Nuestra casa nunca había estado tan animada como ahora.

—¿Tienen alguna visita?

—No es exactamente una visita. Es un nuevo miembro de la familia que ha venido a vivir con nosotros.

—¿Un nuevo miembro de la familia? ¿Puedo preguntar de quién se trata?

Ambrose Meadowcroft reflexionó antes de responder; fustigó al caballo, me miró con una cierta timidez insegura y, de pronto, soltó la verdad con las palabras más sencillas posibles:

—Se trata simplemente de la chica más hermosa, señor, que jamás haya visto en su vida.

—¡Ay, ay! Supongo que es una amiga de tu hermana.

—¡Una amiga! ¡Pobre! Es nuestra pequeña prima americana, Naomi Colebrook.

Recordé vagamente que una hermana pequeña del señor Meadowcroft se había casado con un comerciante americano en el pasado, y hacía muchos años que ella había muerto, dejando una hija única. Además, me dijeron entonces que el padre también había muerto. En sus últimos momentos de vida, había encomendado a su desvalida hija al cuidado compasivo de los parientes de su mujer en Morwick.

—Siempre fue un especulador —continuó diciendo Ambrose—. Intentaba un negocio tras otro, y todos le salían mal. Murió, señor, dejando lo justo para enterrarlo. Antes de que ella viniese, mi padre dudaba un poco de como le iría a su sobrina americana. Nosotros somos ingleses, ya sabe, y aunque vivimos en los Estados Unidos, estamos muy apegados a nuestras costumbres y hábitos. Le puedo asegurar que, en general, no nos gustan mucho las mujeres americanas. Pero, cuando apareció Naomi, nos conquistó a todos. ¡Vaya muchacha! En seguida ocupó su lugar como si fuera una más de la familia. En una semana aprendió a ayudar en la vaquería. Le diré una cosa: no lleva ni dos meses con nosotros, ¡y ya nos preguntamos cómo habíamos podido estar sin ella!

Una vez empezamos a hablar de Naomi Colebrook, Ambrose se aferró a ese tema y habló de él sin descanso. No eran necesarias grandes dotes de perspicacia para descubrir la honda impresión que la prima americana había producido en este caso. El joven, hasta cierto punto, transmitía su entusiasmo. La verdad es que sentí una leve palpitación expectante ante la perspectiva de ver a Naomi, mientras nos aproximábamos a última hora de la tarde, a la cancela de Morwick Farm.